

CAPÍTULO LXXXVIII

CASTELAR Y PI Y MARGALL

Dos cartas á los Estados Unidos: una publicada y otra inédita.

En el Capítulo LXXXVI hemos aludido á una carta dirigida por don Emilio Castelar á los Estados Unidos de América, sobre los asuntos de la guerra de Cuba. La carta de Castelar fué transmitida cablegráficamente á los Estados Unidos el 8 de Marzo del año 1896.

Muerto don Francisco Pi y Margall, hallóse entre sus papeles el original de una carta dirigida también á los Estados Unidos, escrita de su puño y letra y fechada y firmada en 10 de Noviembre del propio año 1896.

El documento es curioso y nos ha parecido que debíamos reservar á los lectores de esta Historia sus primicias.

Con las dos cartas, la publicada y la inédita, formamos este Capítulo que, seguramente, hallarán los que lo lean uno de los más interesantes de esta obra.

CARTA DE DON EMILIO CASTELAR Á LOS ESTADOS UNIDOS.

Decisme, americanos, que América escucha mi palabra. Creílo un tiempo. La vejez hame traído este desengaño: no me oís. Yo afirmé que nunca reconoceríais la beligerancia de los facciosos cubanos; todavía creo que, siendo tal acto incumbencia del presidente, no lo realizará éste, y le daréis el apoyo de vuestros sentimientos republicanos, y por ende, pacíficos. Así no vulneraréis, como vulnera vuestro Parlamento, el derecho internacional con declaraciones de beligerancia que atacan el principio de no intervención, proclamado por la democracia toda y amenazan la integridad y la independencia de nuestra España.

Si apoyárais al Parlamento, tendríamos que aborreceros, porque ser patriota es amar y aborrecer como ama y como aborrece nuestra Patria. Imposible oiga vuestro primer magistrado á las Cámaras. Llamar ejércitos á facciones sin dis-

ciplina y sin ley; Estado y Gobierno á cabecillas sin residencia posible; Congreso á juntas nómadas sin domicilio conocido; escuadras á barcos filibusteros sin filiación y sin bandera, derogando así todos los principios del humano derecho para cohonestar una impertinente ingerencia en conflictos de nuestra privativa soberanía y para fomentar una revolución criminal, quien funda todas sus esperanzas en el auxilio extraño, y á extraños quiere sujetar la isla, en su mentido esfuerzo por una independencia ilusoria, y arremete contra la nación madre de todas las naciones americanas, es un error y un crimen colectivo, tan enormes, que habriais de pagarlos carísimos vosotros si lo perpetraran vuestros representantes, pues no pueden tolerar ni Dios ni la humanidad este cesáreo y despótico atentado de la fuerza bruta y del interés mercantil á la justicia universal.

Propónese trastocaros vuestra oligarquía belicosa de pueblo trabajador en pueblo guerrero, por tristes revoluciones, las cuales junten todas las violencias de una conquista armada con todas las perfidias de una diplomacia cartaginesa. La república conquistadora perecería en América como pereció en Grecia por Alejandro, en Roma por César, en Francia por Napoleón. Y perecería más pronto la república conquistadora, si chocara con un pueblo inconquistable, como el pueblo español, á quien importa un ardite veinte años de guerra. Pero no habrá guerra entre nosotros, hermanos por los vínculos de la Historia toda y de las instituciones democráticas. Franklin, Washington, Lincoln, esos bienhechores de la humanidad, no pueden trocarse, no, en Jerges, en Faraón, en Atila, esos azotes de Dios. La flor de Mayo, que todos los republicanos bendecimos, como saludan la rosa mística de sus letanías los devotos, no puede soportar un riego de sangre, ella, que llevaba los peregrinos, ansiosos de aplicar el sermón de la Montaña y sus bienaventuranzas al nuevo mundo social.

Volved en acuerdo, como habéis vuelto durante los conflictos con Inglaterra; no se diga que retrocedéis ante los fuertes y os descaráis con nosotros porque somos débiles. Pues no lo somos, porque se han engañado todos cuantos, al creerlo así, nos han agredido, estrellándose contra un valor, cuya principal cualidad no está en el corazón, sino en la constancia. Y, además, no estaríamos solos. Al vernos el mundo desacatados por nuestros hijos de América, se sublevarían los afectos paternales de todos los corazones humanos, y harían por los españoles, padres de la civilización americana, lo que hicieran por los helenos y por los romanos, padres de la civilización europea. La presencia de España en las Antillas recuerda que fuimos los reveladores del Nuevo Mundo, como la presencia en Filipinas recuerda que fuimos los reveladores de todo el planeta. Bien estamos donde ahora estamos. No queremos ahí nada más; pero tampoco nada menos.

Y no invoquéis la doctrina de Monroe, desconociéndola ó falseándola. Esta doctrina se revuelve contra la reconquista de América por Europa; mas reconoce la posesión secular de territorios europeos existentes ahí todavía, y con especialidad del territorio antillano. No puede haber ni un continente solo ni un pueblo solo. Y esas Antillas, separadas del continente nuevo y tendiendo al viejo,

representan la unión entre América y Europa, como representaban los archipiélagos griegos la unión entre Europa y Asia. Resulta, por tanto, un interés europeo, el que las Antillas sirvan de comunicación entre los dos continentes y de áncora firme á la estabilidad del planeta. No están aislados en el mundo. Como todos los pueblos industriales, necesitáis cambiar, y mejor mercado encontraréis en Cuba española que en Cuba colonia vuestra, que no podríais someter, ó en Cuba presa de las enfermedades consiguientes á una imposible independencia, que no podría conservarse.

Y Cuba es una democracia como España. Os lo dice quien pertenece á una generación la cual ha suprimido la trata, la esclavitud, la intolerancia religiosa, el antiguo régimen colonial, y ha proclamado libertades que nos admiran y nos envidian todos los pueblos del mundo. Y casualmente hase erguido la insurrección parricida en Cuba, cuando acabábamos de dar leyes liberales allí por voto unánime de todos los partidos, y nos preparábamos á concederle, con amplia descentralización, el oportuno gobierno de sí misma, bajo nuestra gloriosa bandera y la posible libertad mercantil.

Vosotros habéis venido á descargar el cielo de asoladoras centellas, no á forjarlas y menos á blandirlas. Convivamos en paz. Cuando por el *Virginus* tuvimos la gran dificultad con vosotros, el abolicionista inmortal, mártir de la libertad, oponiéndose á la guerra, dijo que si América concluía con la república en España, sucederíale lo mismo que le sucedió á la segunda república francesa, cuando mató la república romana. Y vuestras Cámaras votaron un Mensaje, reunidas en Congreso, saludando con entusiasmo á la república y á la nación española.

No somos hoy una república, pero somos la democracia más liberal de todo el viejo continente. Y á nuestra patria no podéis arrancar la de América, porque si esa tierra se hundiese en el Océano, sobre las hondas brillarían las estelas de nuestros descubridores navíos, y en aquellas solitarias brisas eternamente sonaría el nombre de la creadora España.

EMILIO CASTELAR.

(8 de Marzo de 1896.)

CARTA DE PI Y MARGALL

A LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.

Introducción.

Me dirijo á ti, república del Norte, desde una nación que te ultraja y te odia, por creerte cómplice de los insurrectos de Cuba. Si respecto á Cuba de algo debiera yo acusarte, sería de haberte conducido sobradamente remisa y floja. Sacudiste el yugo de Inglaterra, parte por tu ardimiento, parte por el apoyo que te dieron Francia y España: no puedes mirar indiferente colonias que luchen por su independencia. Debes emplear en su favor tu influjo y tu espada con más razón de la que en tu pró lo hicieron apartadas naciones de Europa.

A la República de los Estados Unidos
de América.

Y Reproducción.

Me dirijo a tí, República del Norte, desde una nación que
te ultraja y te odia por ciertos principios de los intereses de
Europa. Si respecto a Europa de algo debiera yo acordarme, sería
de haberla condonado abundantemente venida y floja. La conducta
de George de Inglaterra, parte por tu indermisión, parte por
el apoyo que te dieron Francia y España: no puedo con-
tinuar indiferente a unos que luchan por su independencia.
Os he empleado en su favor los recursos y tu ayuda con muy
razón de la que en tu por la hicieron república y sus
vecinos de Europa.

El conocimiento de los que te dedico debe tener por
objetos la libertad de los ciudadanos de los Estados
que mejor pueden hacer fin con los intereses de Europa a la
prelona de la guerra, que obtiene la propia y de la
para ser el mundo; pero en la guerra república que por su gobierno
y sus fuerzas hacen hacer con la dependencia de los vecinos por
teniendo

~~Los enemigos de la guerra, pero más enemigo uno de
la tiranía. Si de la guerra que odian y desprecian, desprecian
que odian y desprecian de los vecinos de los Estados
contra la tiranía de la guerra y con los intereses y constitución. No
en honor de los Estados ni los Estados (hacer que los Estados
si en honor de los Estados y Prohibir, los recursos en
partes algunas de derechos de conquista, y recursos están
en honor de los Estados de los Estados de los Estados de un
territorio de los Estados sin que entre de los Estados ni veni-
bilidad, merced a la prescripción de los Estados.
El extranjero que se te habla de emplear la violencia
de la tiranía. Los enemigos de la guerra, pero más enemigo uno
de la tiranía. Los Estados contra la tiranía de la guerra, y con
la explotación y constitución. Si en honor de los Estados ni los
los Estados, intereses y constitución de los Estados; si en honor
de los Estados como Washington y Prohibir. Los recursos en
las recursos partes de derechos de conquista, y los recursos
de los Estados de los Estados de los Estados de los Estados de
recursos de los Estados a los Estados, aunque es siempre
de los Estados de los Estados de los Estados de los Estados de
recursos. Todos partes que se debe por un presidente independiente,
de una una parte de partes, partes y partes; administrados~~

Tu es la
la primera
mis voz.
comando
de ver la
imagen de
un mundo.

Tu mundo
100

Tu mundo
de la guerra
de la guerra
de la guerra

Tu guerra

Tu guerra

Tu guerra

Tu guerra

El humilde trabajo que te dedico, lleva precisamente por objeto hacerte la libertadora de las gentes. No he encontrado entre las naciones del mundo otra que mejor pueda llenar fin tan augusto, y en ti he fijado mis ojos, cansados de ver la iniquidad triunfante; tenemos acá, en Europa, á la preclara Suiza que aborrece la propia y la agena servidumbre; pero es república que, por su posición y su fuerza, harto hace con defenderse de las vecinas potencias.

Te extrañará tal vez que te hable de emplear la violencia. Soy enemigo de la guerra, pero más enemigo de la tiranía. Admito contra la tiranía la fuerza y aun la aplaudo y santifico. No en honor de los Alejandros ni los Césares entonaré yo cánticos de alabanza jamás; sí en honor de hombres como Washington y Bolívar. Jamás he reconocido el derecho de conquista, y en los conquistados he reconocido siempre el de arrojar de su territorio á los invasores, aunque lo hayan ocupado siglos y lo hayan mejorado y ennoblecido. Todo pueblo que se alce por su pérdida independenciamé merece por de pronto respeto y cariño; admiración y entusiasmo si le veo luchar uno y otro día con fuerzas superiores y al fin vencerlas. Digno y muy digno de apoyo es á mi juicio.

Otros son los sentimientos que hoy prevalecen: mas yo sobrepongo el de la humanidad al del patriotismo, y no tengo por patriótico defender mi patria á costa de la agena. Quiero libres á los pueblos todos del orbe y á todos embargados por el vínculo del mutuo amor y de los comunes intereses.

Tú, república de los Estados Unidos, puedes hacer mucho por acercar ese ideal remoto: por esto me dirijo á ti y en ti pongo mi fe y mi esperanza.

*
* * *

En Europa no hay sino pueblos dominadores. Sé tú el pueblo libertador, República de Washington. Tú eres hoy la primera nación del mundo. Albergas en tu seno la humanidad entera: más de ocho millones de europeos, más de siete millones de africanos, más de cien mil chinos; más de dos millones de ciudadanos de las demás repúblicas de América. En ti buscan refugio todos los oprimidos que lo sean por la tiranía, que por el hambre.

Tú tienes templos para todas las religiones. Tú no distingués á los católicos de los protestantes, ni á los cristianos de los judíos, ni á los marmones de los budhistas. Tú permites todos los cultos y no tienes ni pagas ninguno.

Tú eres la libertad, tú la democracia. Tú defiendes la personalidad de todos los que se acogen á tu sombra; tú fuiste la primera en escribir los sagrados é imprescriptibles derechos del hombre. El año 1776, trece años antes de la revolución francesa, los habías declarado ya en la convención de Virginia.

Tú has sido también la primera en abolir la esclavitud de los negros. Inglaterra se había limitado á prohibir la trata, tú redimiste de un golpe á todos tus esclavos. Te costó una guerra y el sacrificio de uno de tus mejores hijos; pero tú venciste é imposibilitaste en el resto de América la servidumbre.

Tú respetas no sólo los derechos de los ciudadanos, sino también los de tus distintos pueblos. Has sabido realizar en tu organización política el salvador principio de la unidad en la variedad, y podrías, aplicando y extendiendo tu sistema, unir las naciones todas de la tierra y hacer de la hoy dispersa humanidad un sér orgánico.

¿Quién con más títulos ni más medios que tú para ser el portaestandarte del género humano? Eres poderosa: atrévete y no habrá nación que deje ni haya dejado en la historia páginas más brillantes que las tuyas. Por la redentora de las gentes te reconocerán las futuras generaciones.

Conságrate por de pronto á emancipar la América. Donde quiera que haya un pueblo en armas por su independencia, corre á protegerle con tu influjo, con tus armas. Tienes ya una potente armada, y aunque en la paz no dispones sino de un ejército de 25,000 hombres, puedes levantar en guerra hasta 3.000,000 de soldados. Te califican los europeos de nación de mercaderes; pero tienes aptitud para la lucha. Elocuentemente lo revelaste el año 1862, presentando ante el fuerte Munro aquellos dos buques de rara forma, que tan asombrada dejaron á nuestra culta Europa y tan inesperado rumbo abrieron á la marina de guerra. Tus monitores forman hoy parte de todas sus armadas.

Puedes y debes. Es ya estrecha la doctrina de Monroe que, con vedar sólo las intrusiones futuras, legitima las pasadas. Invoca más amplias doctrinas, invoca la que era hoy, frunciendo los labios de las gentes, desde el Canadá al Cabo de Hornos: *América para los americanos*; ese ha de ser tu criterio y tu grito de combate.

Como de los europeos es Europa, de los americanos ha de ser América. No consentirían los europeos colonias ni en sus playas ni en sus islas, y no hay razón para que los americanos las consientan en las suyas. Siete siglos llevaron en Europa los árabes, y no se paró hasta arrojarlos á las costas de Africa; seis siglos llevan en Europa los turcos, y se conspira incesantemente para rechazarlos al Asia. Por dos veces ha intentado Rusia en este siglo apoderarse de Constantinopla.

Intervén en las contiendas intercontinentales y no temas las reconvenciones de Europa; intervén en todas las del mundo. Por odio á Inglaterra declaráronse abiertamente en tu favor Francia y España cuando te elevaste de Colonia á República. Por vengarse de España favoreció secretamente Inglaterra la libertad de las vastísimas regiones que poseíamos de Méjico á Chile.

Intervino Francia el año 1823 en nuestra nación, y con 120,000 hombres, al mando del duque de Angulema, restableció el absolutismo. Francia, Inglaterra y Rusia, el año 1826, apoyaron á los griegos contra los turcos, los auxiliaron con fuerzas de mar y tierra y los constituyeron, cuatro años después, en nación independiente. Intervinimos nosotros en Portugal el año 1847. En 1849 entraron con numerosos ejércitos, Francia en Roma, y Rusia en Hungría; once años después Francia en Italia. Restauró Inglaterra, el año 1883, al Kédive de Egipto. Reciente-

mente impidieron Francia, Inglaterra y Rusia que el Japón, después de haber vencido á China, se estableciera en parte alguna del Asia.

Ya por la diplomacia, ya por la espada, se mezclan aquí las naciones las unas en los negocios de las otras: ¿mas con qué derecho podrían reconvenirte si mañana con tus armas ó con tu sólo influjo intervinieras en las cuestiones entre Europa y América?

Rara vez ha promovido un sentimiento generoso la intervención de Europa. Los han inspirado aquí los celos entre las naciones, allí el deseo de afianzar ó restablecer la autoridad de los reyes, acullá el espíritu de dominación ó preponderancia. Continúa Inglaterra en Egipto desoyendo la voz de los demás pueblos; Francia, á cambio de la Lombardía, que entregó á Cerdeña, se apoderó de Niza y de Saboya. Intervendrías tú sin otro fin que el emancipar á las gentes, y donde quiera que vencieres sustituirías á la servidumbre la libertad, á la monarquía la república, á la centralización la autonomía. Volverías á tu capitolio, sin llevar contigo sino la gratitud de la nación intervenida y bendiciendo los hombres todos el éxito de tu diplomacia ó el de tus armas.

Atrévete, liberta cuanto antes las colonias; tú no las tienes ni las has querido. Habrías podido fácilmente tener tuyas las islas Hawai y has trabajado porque se erijan en república. Habrías podido ejercer en Siberia los derechos que al fundársela te reservaste, y has renunciado al ejercicio de tus derechos. Exenta del delito de colonizar por la violencia, nación alguna puede con más razón que tú acometer tan santa empresa.

¡Oh, república afortunada! Grandes son tus destinos si aciertas á comprenderlos y tienes corazón para realizarlos. Día vendrá, y acaso no esté lejos, en que puedas salvar á nuestra misma Europa. Europa vive todavía bajo el peso de sus antiguas supersticiones. Permanece viviendo bajo el hisopo de sus sacerdotes y el cetro de sus reyes. Tiene dos emperadores absolutos, el de Turquía y el de Rusia, y aun donde es republicana conserva los hábitos y las tradiciones de la monarquía. Prendidos con alfileres lleva los principios democráticos: se alarma de ver apuntar en sus horizontes ideas desconocidas.

No goza de verdadera libertad; no goza sino de una más ó menos extensa tolerancia, mantiene centralizado el poder político. Ni se ha desprendido aún en parte alguna de su religión de Estado: destina anualmente al culto millones de pesetas. Para colmo de mal, viene hoy amenazada de una reacción temible: á fuerza de concesiones va sobreponiendo la Iglesia al Estado y caminando á la acumulación de todas las conquistas del derecho. Retrocede asustada del socialismo y la anarquía; y vuelve á buscar en la religión y la represión su fuerza. Si esa reacción triunfa, ¿quién mejor que tú podría restablecer aquí la libertad perdida? Tú has logrado arraigarla en tu seno: tú eres el más firme escudo de la democracia.

Allá en los venideros siglos podrías hasta ir á despertar los dormidos pueblos de Oriente, arrancarlos de la tiranía de sus monarcas, librarlos de la dominación

européa, llevarlos á la vida de la libertad y del progreso. No necesitarías, para conseguirlo, ejércitos como los de Alejandro. Como irías, no á conquistar, sino á redimir, en los pueblos donde penetraras hallarías las principales fuerzas. Emplearías la propaganda antes que la acción, sublevarías las naciones, las exaltarías con el ruido de tus victorias y no tendrías más que volar en su socorro. Los pueblos así emancipados ¿cómo se habrían de resistir á satisfacer tus gastos ni á indemnizarte de tus sacrificios? Dominas ya el estrecho de Behring: estás á las puertas del Asia.

La civilización habría entonces recorrido todo su circuito: del Asia á Europa, de Europa á América, de América al Asia: la humanidad se sentiría y se reconocería, y por los vínculos de la federación llegaría á constituir un sér orgánico.

Atrévete, República de Washington. Ante las dominadoras naciones de Europa, eres tú, repito, la libertadora de las gentes.

Ve á Europa. Prescindo de las pasageras usurpaciones de Bonaparte, de las mudanzas introducidas por los tratados de Viena. Sienten casi todas las naciones afán de engrandecerse y no perdonan ocasión de satisfacerlo.

Rusia no tiene colonias, pero agranda incesantemente su territorio. No le bastó poseer en los principios del siglo la mitad de Europa y todo el Norte de Asia; se apoderó de Finlandia, desmembró á Turquía, rajó el imperio de los persas y llevó hasta las fronteras del Afghanistan sus armas. Hoy disputa tierras á China y baja por el Oriente de Asia á la Mandchuria: crecería aún más rápidamente, si no tropezara con Inglaterra, que por dos veces la ha detenido á las puertas de Constantinopla. No tiene pueblo que en afán de dominación le gane: aspira á más cuando ocupa la séptima parte del globo y sólo con sus mares interiores ocupa una superficie de 14 millones de kilómetros.

Turquía no puede pensar en extender sus dominios: harto hará si logra conservar los que le restan. Es la Polonia de nuestros días. Descuartizada estaría ya si las naciones que la codician hubieran podido ponerse de acuerdo en el reparto. Sobre muchas de sus antiguas posesiones, — sobre la Bulgaria, la Bosnia, la Herzegovina, Novibazar, Samos, Chipre, Egipto, Túnez, — no tiene ya sino una soberanía de nombre.

Austria tampoco posee colonias ni ha podido ganar grandes territorios. Recibió el año 1815, en substitución de los Países Bajos, la Lombardía y Venecia, pero las perdió en las guerras que sostuvo, primeramente con Italia y Francia y después con Italia y Alemania. Trabajó, sin embargo, por ensancharse, y hoy, gracias al tratado de Berlín de 1878, administra y ocupa militarmente la Herzegovina y la Bosnia.

La Alemania de hoy no data sino del año de 1871. Apenas se sintió firme, entró en verdadero furor colonial. Del año 84 al 90, ya que más no pudo, aquí se erigió en protectora, ahí se imaginó una de esas que llaman zonas de influencia. Suyas, propiamente suyas, no tiene sino las islas Salomón y las islas Marshall en el Pacífico. En el mismo mar ejerce el protectorado del Sudeste de Nueva Guinea y

del grupo de islas antes conocido con el nombre de Archipiélago de la Nueva Bretaña; en Africa, el de la Togolandia, sito en la costa de los Esclavos, el de Camarones en la isleta de Biafra y de un territorio de 1,500 kilómetros en las playas del Sudoeste. Al Este dispone de una zona de influencia que mide nada más que 1,000 kilómetros. Llevada de su impaciente deseo, ocupó ya el año 1885 el puerto de Yap y nos disputó Las Carolinas.

Italia, de no más remoto origen, sintió el ardor colonial de Alemania. Diez y nueve años después de reconstituída, el año 1889, recababa mañosamente del Rey Menelik el protectorado de Abisinia y Choa y se obligaba á no tratar sino por su conducto con las demás naciones; se erigió nada menos que en protector de todo un reino. Recibía el mismo año bajo su protección el sultanato de Obbia y lo extendía por sus tratados con el Sultán de los somalis, tres grados al Norte. Dos años después ocupaba en las costas del Mar Rojo, desde el sultanato del Obbia hasta la costa del Suba. Subió más tarde por las orillas del Suba hasta el norte del Nilo Azul, lindante con Abisinia y quiso recientemente apoderarse del Tigre, parte de este mismo reino. Le atajó afortunadamente los pasos una de las más sangrientas derrotas que la historia colonial registra.

¿Y Francia? Francia, después de constituída en república, pudo y debió adoptar la política que te trazo. Ha pretendido seguir las huellas de la Monarquía y del imperio. Impotente para la reivindicación de la Alsacia y la Lorena, no parece sino que se haya propuesto continuar sus glorias militares en gentes débiles.

El año 1880 llevó la república sus armas al Occidente de Africa, y hoy se considera con derecho á toda la tierra que se extiende del Cabo Blanco á la Togolandia, excepción hecha de las colonias británicas de Gambia y Sierra Leona y la Costa de Oro, la Guinea Lusitana y la Liberia y todo lo que va desde la Costa de Niger superior y al Medio, con más el reino de Kong y los vecinos territorios. En esa vasta superficie de 885,000 kilómetros tiene incluido el Senegal, parte del Sudán, el Dahomey y parte de la Nueva Guinea. Tardará siglos en ocupar lo que hoy se reserva Inglaterra. Es poquísimo lo que posee á título de colonia, mucho lo que constituye su zona de influencia.

El mismo año 1880 emprendió la dominación de las islas de la Sociedad y las de las cercanías; un año después ganó por fuerza de armas el protectorado de Túnez. Las llevó el año 1884 al Tonkin y á Siam, y hoy posee del reino de Siam las tres quintas partes y tiene en el Tonkin más de 5,530 kilómetros de territorio y 3 millones de almas.

Entró el año 1885 por primera vez en la isla de Madagascar, y después de once años de depresivo protectorado, la ha hecho suya sin escándalo ni protesta de nación alguna del mundo.

El año 1886, por fin, se arrogó el protectorado de las islas Comoras, y el año 1890 el de la vastísima región de Sahara. No está aún satisfecha. Estuvo no ha mucho en Timboctú, y hoy sueña en el Tuat, sito al Sur de Marruecos.

Aun la reducida Bélgica se ha dejado llevar de la corriente. Por el acta de

européa, llevarlos á la vida de la libertad y del progreso. No necesitarías, para conseguirlo, ejércitos como los de Alejandro. Como irías, no á conquistar, sino á redimir, en los pueblos donde penetraras hallarías las principales fuerzas. Emplearías la propaganda antes que la acción, sublevarías las naciones, las exaltarías con el ruido de tus victorias y no tendrías más que volar en su socorro. Los pueblos así emancipados ¿cómo se habrían de resistir á satisfacer tus gastos ni á indemnizarte de tus sacrificios? Dominas ya el estrecho de Behring: estás á las puertas del Asia.

La civilización habría entonces recorrido todo su circuito: del Asia á Europa, de Europa á América, de América al Asia: la humanidad se sentiría y se reconocería, y por los vínculos de la federación llegaría á constituir un sér orgánico.

Atrévete, República de Washington. Ante las dominadoras naciones de Europa, eres tú, repito, la libertadora de las gentes.

Ve á Europa. Prescindo de las pasageras usurpaciones de Bonaparte, de las mudanzas introducidas por los tratados de Viena. Sienten casi todas las naciones afán de engrandecerse y no perdonan ocasión de satisfacerlo.

Rusia no tiene colonias, pero agranda incesantemente su territorio. No le bastó poseer en los principios del siglo la mitad de Europa y todo el Norte de Asia; se apoderó de Finlandia, desmembró á Turquía, rajó el imperio de los persas y llevó hasta las fronteras del Afghanistan sus armas. Hoy disputa tierras á China y baja por el Oriente de Asia á la Mandchuria: crecería aún más rápidamente, si no tropezara con Inglaterra, que por dos veces la ha detenido á las puertas de Constantinopla. No tiene pueblo que en afán de dominación le gane: aspira á más cuando ocupa la séptima parte del globo y sólo con sus mares interiores ocupa una superficie de 14 millones de kilómetros.

Turquía no puede pensar en extender sus dominios: harto hará si logra conservar los que le restan. Es la Polonia de nuestros días. Descuartizada estaría ya si las naciones que la codician hubieran podido ponerse de acuerdo en el reparto. Sobre muchas de sus antiguas posesiones, — sobre la Bulgaria, la Bosnia, la Herzegovina, Novibazar, Samos, Chipre, Egipto, Túnez, — no tiene ya sino una soberanía de nombre.

Austria tampoco posee colonias ni ha podido ganar grandes territorios. Recibió el año 1815, en substitución de los Países Bajos, la Lombardía y Venecia, pero las perdió en las guerras que sostuvo, primeramente con Italia y Francia y después con Italia y Alemania. Trabajó, sin embargo, por ensancharse, y hoy, gracias al tratado de Berlín de 1878, administra y ocupa militarmente la Herzegovina y la Bosnia.

La Alemania de hoy no data sino del año de 1871. Apenas se sintió firme, entró en verdadero furor colonial. Del año 84 al 90, ya que más no pudo, aquí se erigió en protectora, ahí se imaginó una de esas que llaman zonas de influencia. Suyas, propiamente suyas, no tiene sino las islas Salomón y las islas Marshall en el Pacífico. En el mismo mar ejerce el protectorado del Sudeste de Nueva Guinea y

del grupo de islas antes conocido con el nombre de Archipiélago de la Nueva Bretaña; en Africa, el de la Togolandia, sito en la costa de los Esclavos, el de Camarones en la isleta de Biafra y de un territorio de 1,500 kilómetros en las playas del Sudoeste. Al Este dispone de una zona de influencia que mide nada más que 1,000 kilómetros. Llevada de su impaciente deseo, ocupó ya el año 1885 el puerto de Yap y nos disputó Las Carolinas.

Italia, de no más remoto origen, sintió el ardor colonial de Alemania. Diez y nueve años después de reconstituída, el año 1889, recababa mañosamente del Rey Menelik el protectorado de Abisinia y Choa y se obligaba á no tratar sino por su conducto con las demás naciones; se erigió nada menos que en protector de todo un reino. Recibía el mismo año bajo su protección el sultanato de Obbia y lo extendía por sus tratados con el Sultán de los somalis, tres grados al Norte. Dos años después ocupaba en las costas del Mar Rojo, desde el sultanato del Obbia hasta la costa del Suba. Subió más tarde por las orillas del Suba hasta el norte del Nilo Azul, lindante con Abisinia y quiso recientemente apoderarse del Tigre, parte de este mismo reino. Le atajó afortunadamente los pasos una de las más sangrientas derrotas que la historia colonial registra.

¿Y Francia? Francia, después de constituida en república, pudo y debió adoptar la política que te trazo. Ha pretendido seguir las huellas de la Monarquía y del imperio. Impotente para la reivindicación de la Alsacia y la Lorena, no parece sino que se haya propuesto continuar sus glorias militares en gentes débiles.

El año 1880 llevó la república sus armas al Occidente de Africa, y hoy se considera con derecho á toda la tierra que se extiende del Cabo Blanco á la Togolandia, excepción hecha de las colonias británicas de Gambia y Sierra Leona y la Costa de Oro, la Guinea Lusitana y la Liberia y todo lo que va desde la Costa de Niger superior y al Medio, con más el reino de Kong y los vecinos territorios. En esa vasta superficie de 885,000 kilómetros tiene incluido el Senegal, parte del Sudán, el Dahomey y parte de la Nueva Guinea. Tardará siglos en ocupar lo que hoy se reserva Inglaterra. Es poquísimo lo que posee á título de colonia, mucho lo que constituye su zona de influencia.

El mismo año 1880 emprendió la dominación de las islas de la Sociedad y las de las cercanías; un año después ganó por fuerza de armas el protectorado de Túnez. Las llevó el año 1884 al Tonkin y á Siam, y hoy posee del reino de Siam las tres quintas partes y tiene en el Tonkin más de 5,530 kilómetros de territorio y 3 millones de almas.

Entró el año 1885 por primera vez en la isla de Madagascar, y después de once años de depresivo protectorado, la ha hecho suya sin escándalo ni protesta de nación alguna del mundo.

El año 1886, por fin, se arrogó el protectorado de las islas Comoras, y el año 1890 el de la vastísima región de Sahara. No está aún satisfecha. Estuvo no ha mucho en Timboctú, y hoy sueña en el Tuat, sito al Sur de Marruecos.

Aun la reducida Bélgica se ha dejado llevar de la corriente. Por el acta de

una conferencia internacional que se celebró en Berlín el mes de Febrero de 1885, se creó en Africa un Estado independiente que había de quedar para todas las naciones abierto al tráfico. Ese Estado era el Congo. Se le definió y se le asignó un territorio de 1.500,000 kilómetros, en que vivían 30.000,000 de almas. No sólo se lo constituyó como Europa quiso, sino que también se lo puso bajo la soberanía del Rey de Bélgica. El Rey de Bélgica transfirió á la nación sus derechos por decreto de 1889, y en virtud de ese convenio entre la nación y el nuevo Estado, se reservó á Bélgica el derecho de anexárselo dentro de un período de diez años; Bélgica puede de aquí al año 1900 hacerse suyo el Congo.

Tienen también colonias los Países Bajos y Dinamarca, pero adquiridas en otros siglos. Ni antiguas, ni modernas, las tienen Suiza, ni Suecia y Noruega.

En cambio, Inglaterra las tiene en todos los mares y en todos los continentes. Ganó en pasados siglos las de Europa y casi todas las de América; tal vez no deba aceptarse sino la Guayana, que en 1814 le cedió Holanda. Durante el actual siglo, en Asia, se ha apoderado de Aden, de parte del Beluchistán, de toda la isla de Ceilán y de las Indias, no incorporadas á la Corona hasta el año 1858; de las islas Andamán y Nicobar, en el golfo de Bengala; de Penang, Willesley, Singapur y Malacca, en el estrecho de este nombre, y de la ciudad de Hong-Kong, que en 1841 le dió China. Ha puesto, además, bajo su protección la isla de Chipre, la isla de Socotora y las islas Bahrein, sitas en el Golfo Pérsico.

En la Oceanía se ha apoderado de toda la Australia, de Borneo, de la parte Sudeste de la Nueva Guinea, de la Nueva Zelanda, de innumerables islas del Pacífico.

De Africa ha tomado la mayor parte. Desde el año 1883 ocupa, con 3,000 hombres, el Egipto, y no permite que sin su consentimiento se haga en Hacienda la menor mudanza. En nombre de Egipto y con tropas de Egipto guerrea hoy en Dongola. En el golfo de Aden tiene intervenida la tierra de los somalis. Manda en Zanzíbar como en Egipto, y extiende ahí su protectorado tierra adentro hasta los límites de Uganda. Tocando en la misma Uganda, en Zanzíbar, entre la desembocadura del río Umbe, las fronteras del Congo Independiente y el río Suba, posee una zona vastísima que mide más de 1.603,000 kilómetros.

Al Mediodía tiene su celebrada colonia del Cabo de Buena Esperanza, á que está hoy unida la tierra de los Basutos; la colonia de Natal, á que va aneja la Zulandia; el protectorado de la tierra de los Bechuanes y una región extensísima al Norte y al Sur del Zambese, en la que está incluida la Mashonalandia. Al Norte del Zambese llega al lago Nyassa. Hasta las riberas meridionales y occidentales de este lago lleva su zona de influencia. Posee allí también la isla Mauricio.

Al Occidente se hizo dueña de la isla de la Ascensión, cuando tuvo en la de Santa Helena á Bonaparte, y á sus antiguas posesiones de Costa de Oro, Lagos, Gambia y Sierra Leona, ha añadido el protectorado de la costa del Niger y territorios en el Niger mismo, que miden 416,640 kilómetros.

De todos sus dilatadísimos territorios de Africa posee los más nominalmente;

pero los tiene garantidos por tratados y no teme, de seguro, que nación alguna los ocupe ni los invada. ¡Qué de millones de kilómetros cuadrados no tiene bajo sus garras! ¡Qué de millones de seres humanos no ha sometido! Sólo en la India y sus dependencias contaba ya en 1891 más de 221.000,000 de habitantes.

Portugal tiene colonias ganadas en la época de sus grandes descubrimientos. No ha carecido en nuestros días de deseos de engrandecerse; pero nada ha logrado, como no haya sido meterse tierra adentro de Mozambique. Ganó el año 1807 la Guayana Francesa y la perdió diez años más tarde. Se arrojó el año 1886 el protectorado de Dahomey y hubo de renunciarlo á fines de 1887. Había perdido mucho antes el Brasil, erigido el año 1815 en reino, el año 1822 en Imperio, el año 1883 en república.

España tiene también colonias que pasadas generaciones le conquistaron. Aunque perdió las que poseía de Méjico á Chile, conserva aún las de Cuba y Puerto Rico, las Filipinas, las Carolinas, las de Fernando Póo, Elobey, Annobon y Corisco, en el golfo de Guinea, la costa del Sahara, comprendida entre el Cabo Bojador y el Cabo Blanco y acá en Marruecos, Melilla, los peñones de Alhucemas y Velez y la Gomera, Ceuta y las islas Chafarinas. Tampoco ha dejado de pensar en ensanchar su territorio. En 13 de Marzo de 1861, incorporó á la Corona la isla de Santo Domingo, que hubo de abandonar más tarde; y hoy anda aún en negociaciones con Francia para que la reconozca dueña y señora de la cuenca del Muni y San Benito, que mide unos 50,000 kilómetros. Hablo siempre de kilómetros cuadrados.

* * *

Como por esa breve relación habrás visto ¡oh, República de Washington! Europa anda como nunca desalada por ejercer imperio sobre extrañas gentes. No obró en siglo alguno con mayor descaro ni mayor violencia.

Ve ahora los principios que invoca para sus conquistas. Te detallaré á continuación los medios que emplea.

Hoy, como en el siglo XVI, tiene por principio inconcuso que las tierras ignoradas son del que las descubre. En vista de este principio, Colón al llegar á Guanahani bajó á la costa, enarboló el estandarte de Castilla, tiró de la espada, y por ante escribano tomó posesión de la isla. En virtud de este principio hicieron otro tanto los demás descubridores de América. Hasta del mar del Sur ú Océano Pacífico tomó posesión en parecida forma Vasco Núñez de Balboa. Metióse en el agua hasta las rodillas, llevando embrazado el escudo, en una mano la espada, en la otra el pendón de Castilla, y por ante escribano tomó *posesión corporal y real*, no sólo de aquel mar, sino también de sus tierras y sus costas, y sus puertos y sus islas, y los reinos y provincias anexos. Se aplica hoy este principio con una exageración muy semejante á la de Vasco Núñez. Se toma posesión apenas se ha puesto el pie, en un lugar de Africa, de territorios inmensos que no se ocupará

en años, tal vez en siglos. Se la toma de lo que no se domina bautizándolo con el nombre de *zonas de influencia*.

El principio es evidentemente falso. Podrá ocuparse lo que otro no ocupe, no lo que ocupen pueblos cultos ó bárbaros. Se ocupan en este caso tierras y hombres, cosa que no prescriben la dignidad ni la naturaleza de seres racionales y libres. Las tierras que se ocupan, constituye por otra parte la patria de los que las pueblan: no hay derecho á quitársela, lo hay tanto menos en hombres que se consideran obligados á defender en todo tiempo y á todo trance la integridad de su patria: ¿cómo se han de considerar con derecho á defenderla si están siempre dispuestos á violar la integridad de la patria agena?

Un pueblo no puede cambiar su condición porque otro lo descubra. El descubrimiento es para él completamente extraño, tan extraño, que ni aun descubridor se considera. Recibe al pueblo descubridor como recibía antes los de sus alrededores; y, si por acaso lo ve de otro color ó con otras condiciones, lo mira con curiosidad y aun lo agasaja, mientras no lo ve con ánimo hostil y en son de guerra. Entre el pueblo descubridor y el descubierto cabe que se establezcan relaciones de amistad y de comercio, nunca de vasallaje.

Descubrió Europa la América y se creyó con derecho á sojuzgarla; si América hubiese descubierto á Europa, ¿habría reconocido Europa en América el derecho de someterla?

El principio es antihumano, irracional, absurdo. ¿No parece mentira que lo aplique aún Europa, blasonando como blasona de ser la más culta parte del mundo?

*
* *

Sigue aún Europa otro principio. Colonizar es civilizar, dice: porque amo la civilización, llevo mis soldados á las tierras de Africa y á las de apartadas regiones.

¿No cabe, según esto, civilizar sino por la violencia? La Historia lo desmiente. Siglos vivieron en nuestras costas los fenicios y los griegos sin lucha ni contiendas. Cuando fuimos nosotros á América, hasta con alborozo nos recibieron los habitantes de Haití, á creernos bajados del cielo llegaron. Desvivíanse aquellos hombres por servir á Colón, sobre todo cuando encalló en sus playas una de nuestras naves. Bajaron más tarde Orellana por el Amazonas y Ochagana por el Apure, sin que los hostilizaran, antes bien, los recibieron con agrado los pueblos de las orillas.

En la América del Norte compró Guillermo Pena tierras á los delawarenses, y cuando los delawarenses quisieron faltar al compromiso, tuvo en su defensa á los iroqueses.

En Méjico, ¿quién duda que Hernán Cortés habría podido establecer buenas relaciones entre nosotros y los aztecas, si en vez de haber ido allí con aparato de guerra se hubiese limitado á presentarse como un embajador de D. Carlos? Aun

habiendo entrado en Tenochtitlan con infantes, caballos, arcabuces y cañones, habría podido enlazar pacíficamente los dos pueblos, si no se hubiese empeñado en poner aquella nación bajo la obediencia del Rey de España y obligarla al pago de tributos.

Por el bárbaro sistema de conquista hirió Europa los sentimientos y destruyó la civilización de los pueblos cultos y no domó, en cambio, los salvajes, vivos y enérgicos, aun después de cuatro siglos, así en América como en Oceanía.

Por el comercio se debe ganar á los pueblos y no por la destrucción y la guerra. Aun los más salvajes acogen bien á sus semejantes cuando no tienen razón de temerlos. Son en general más humanitarios y menos egoístas que nosotros, y no nos rechazan. Los escandinavos, en sus primeras excursiones á las islas y costas Orientales de América, no encontraron, como es sabido, en los indígenas la menor resistencia.

¡La conquista medio de civilización! A nosotros, los españoles, nos conquistaron los cartagineses, los romanos, los godos y los árabes, y en este siglo los franceses, que llegaron á tener aquí un rey en el trono; debiéramos ser y no somos el pueblo más culto de la tierra. Ni fueron los romanos vencedores los que en los antiguos tiempos civilizaron á los griegos vencidos, sino los griegos vencidos los que civilizaron á sus vencedores. Ni fué aquí tampoco la gente goda la que nos civilizó á nosotros, sino nosotros los que hubimos de civilizar á la gente goda.

Cuando, en nuestros pocos años de esplendor, fuimos á América y la conquistamos, lejos por otro lado de civilizarla, destruimos la civilización de Méjico y el Perú, sin hacerlos más felices, antes oprimiéndoles bajo el peso de males como en los anteriores, ni en los posteriores siglos los registra la Historia. De tal manera fuimos su azote, que se nos supuso escogidos por Dios para instrumento de sus venganzas. Vivía el Perú precavido contra las malas cosechas y el hambre, y nosotros suprimimos incesantemente las precauciones. Eran los mejicanos gente dócil y los hicimos díscolos. ¿Dimos después al uno ni al otro pueblo mayor libertad? Respondan las encomiendas. No compensa el bien que pudimos hacerles los horribles males que les infligimos.

Destruimos civilizaciones que debimos limitarnos á corregir, y poco ó nada pudimos hacer en mucho tiempo con los pueblos salvajes. Los hay todavía después de cuatro siglos en las dos Américas. No se los trae á la civilización: se los va aniquilando.

No es fácil que sean otros los resultados. Lo primero que procura el conquistador es asegurar su conquista, reduciendo los vencidos poco menos que á la servidumbre. Piensa á continuación en hacerle fuente de riqueza para su pueblo; y ya condena los indígenas á rudos é improbables trabajos, ya les arrebató la hacienda, ya los agobia con excesivos tributos, que los aísla y los condena á que no se surtan de otros productos que los de su agricultura y de su industria. Un monopolio en nuestra pró hicimos nosotros del comercio de América durante siglos. Si en el país conquistado hace el pueblo conquistador mejoras, atendiendo á sus intereses y no al de los vencidos, las realiza.

En el terreno moral no pone ahinco el conquistador sino en fanatizar á los indígenas. Ve en el fanatismo un medio de consolidar su obra y lo utiliza. Los somete á continuas prácticas religiosas, y de ahí que le presente como imagen de Dios al sacerdote. Esto hicimos nosotros en toda América, y esto en las islas Filipinas, aun hoy entregadas á las comunidades religiosas. Los demás conquistadores, principalmente los cristianos, procedieron de igual modo.

La instrucción ¡cuán poco la desarrollaron los conquistadores! Ven en ella un enemigo; ven, por lo contrario, en la ignorancia otro medio de mantener sometidos á sus vasallos. Ya que den la primera enseñanza, la neutralizan, esclavizando el pensamiento y tal vez cerrando á piedra y lodo las fronteras para los libros de otros pueblos.

Están ahora las islas Filipinas en armas contra la metrópoli. La metrópoli es la primera en confesar y encarecer la ignorancia de sus malayos. Sin sentirlo se acusa á sí misma de que en cuatrocientos años de dominación no ha sabido ni siquiera elevarlos á su nivel, por desgracia sobradamente bajo.

Hay todavía en aquel archipiélago grandes territorios inexplorados, tribus nómadas desconocidas, bárbaras aún en la isla de Luzón, que es la más culta.

Aun cuando la conquista tuviera un fin eminentemente civilizador, sería hoy inadmisibile. No puede Europa llevar á los pueblos conquistados otra civilización que la suya, y esto es, bajo muchos conceptos, deplorable. Tiene Europa más de monárquica que de republicana. Aquí es constitucional, allí absolutista. Lleva en sus instituciones la contradicción y la lucha. Vive amedrentada y recelosa. Esgrime el arancel, cuando no la espada. Tenaz en la conservación de sus antiguas leyes, ahonda el abismo entre el capital y el trabajo y aviva la guerra social, hoy engendradora de conflictos, mañana de catástrofes. Está corrompida hasta los huesos y es corruptora. No tiene de la religión sino la máscara: la hipocresía. Es anárquica en las ideas. A los pueblos ya conquistados y á los que conquista, ¿qué podría llevar, fuera de los progresos materiales, que no sea escepticismo y podredumbre?

* * *

Ve ahora, República de Washington, los motivos de que Europa se vale para invadir agenos territorios.

Toma por pretexto cuestiones de deudas: ¿No fué acaso una cuestión de deuda la que el año 1861 llevó á Méjico unidas las armas de España, Inglaterra y Francia? Había suspendido la República el pago de la deuda exterior, y se concertaron contra ella los gabinetes de Madrid, París y Londres. Se retiraron satisfechas por las explicaciones y las seguridades que ahí dió el Gobierno, las armas españolas y las inglesas; pero continuaron las francesas en su expedición, se apoderaron de la capital y crearon el efímero imperio de Maximiliano de Austria.

Una cuestión de deuda fué el origen del actual protectorado de Egipto. El año

1875, tuvieron Francia é Inglaterra la osadía de exigir del Virrey la entrada de un francés y un inglés en el Ministerio, como garantía de los acreedores de Europa. Accedió Ismail, y cuando quiso salir de tan vergonzosa tutela, se vió destituido y reemplazado por su hijo Tewfik, á instancias de las dos naciones. Dependen del Sultán de Turquía los virreyes de Egipto, y el Sultán se prestó al cambio. Intervinieron en adelante Francia é Inglaterra, por medio de delegados, en la Hacienda de Egipto.

Otro medio de ingerirse en territorios ajenos es el apoyo dado en guerras internacionales ó civiles á una de las partes contendientes. Por él obtuvo Inglaterra el protectorado egipcio; por él la ocupación de la isla de Chipre. El año 1882 estalló en Egipto, contra Mohamed Tewfik, una insurrección militar, que le puso en gran peligro de perder el virreinato y la vida. Inglaterra salvó á Mohamed con sus armas, y obtuvo el alejamiento de Francia y el derecho de tener en el Ministerio un representante suyo, sin cuyo consentimiento nada podía hacerse en cuestiones de Hacienda. Ni en Hacienda ni en ramo alguno de la administración ni de la política puede hacer hoy Egipto cosa alguna sin la venia de los ingleses, que, sobre mantener allí un ejército de 3,000 hombres, tienen de 70 á 80 oficiales en el de los virreyes.

Años antes se había aliado secretamente Inglaterra con el imperio turco, después de vencido por los rusos. Por un tratado de 4 de Junio de 1878 recabó, en premio de su alianza, la isla de Chipre.

De otro medio se vale aún Europa para sus intrusiones: el resguardo de sus fronteras. El año 1881 los krumires, tribus indómitas, situadas entre Túnez y la Argelia, penetraron en territorio de Constantina, y sostuvieron con un destacamento de tropas francesas un combate que duró horas y ocasionó á los europeos muertos y heridos. Pidió Francia reparación del agravio, y el Bey de Túnez, al paso que ofrecía 300,000 francos por vía de indemnización de perjuicios, se comprometía á ocupar militarmente las provincias insurrectas. No aceptó Francia, que había visto ya en la agresión de los krumires un medio de engrandecerse; puso en las fronteras de Constantina hasta 26,000 hombres, y lejos de circunscribirse al castigo de los invasores, como en un principio se había propuesto, se derramó por todo el reino de Túnez, hasta ponerse á las puertas de la capital y obtener del Bey las más humillantes concesiones.

Suscribió el Bey, el día 12 de Mayo, un convenio, por el que otorgó á la República francesa el derecho de ocupar los puntos que creyera necesarios para el restablecimiento del orden, la seguridad de sus fronteras y la de todo el litoral; confió á los agentes diplomáticos y consulares de Francia, en las naciones extranjeras, la protección de los intereses tunecinos; admitió para que velase por la ejecución del convenio un ministro francés, con cargo de mediar en las elecciones de las autoridades de ambos países, siempre que se tratara de negocios que á las dos fueran comunes, y se comprometió á no concluir acto alguno de carácter internacional sin el consentimiento de la República, y á establecer, de común acuer-

do con Francia, las bases de una organización rentística que asegurase el servicio de la deuda pública y garantizase los derechos de los acreedores de Túnez.

Por ese tratado que, según declaró el Gobierno francés en las Cámaras, había tenido como principal objeto la seguridad de las fronteras argelinas y la obtención de garantía para lo futuro, Francia se hizo, como se ve, no la protectora, sino la señora de Túnez.

No contenta Francia, quiere ahora apoderarse del Tuat, que Marruecos considera suyo. Aduce el mismo pretexto; sin Tuat, dice, no tengo seguras las fronteras occidentales de Argelia. Las meridionales de Marruecos, añade, no están bien deslindadas: Tuat puede muy bien sostenerse que es ya parte del Sahara, mi zona de influencia.

Con esos sofismas se van aquí agrandando las naciones. Podría con ellos una sola nación irse apoderando del mundo.

Los protectorados se convierten á poco en dominios. Testigo, la isla de Madagascar, que acaban de anexarse los mismos franceses. Francia ejerció el protectorado de aquella isla desde el 12 de Diciembre de 1885, en que se la otorgó la actual reina Ranavaló. Se la reconoció Inglaterra en 5 de Agosto de 1890, mas no los indígenas. Hostilizaban los indígenas á los franceses, sin que lo impidiera la Reina, y la República, en Mayo de 1895, envió allí para afianzarlo un ejército de 15,000 hombres, á que agregó después 2,500. Llegó tras una penosa marcha á Tananarive, la bombardeó con dinamita, la rindió y obligó á la asustada Ranavaló á suscribir un tratado como el de Túnez. No se satisfizo, y á los cuatro meses, en Enero último (1896), rompió descaradamente el tratado y declaró por sí y ante sí la isla de Madagascar, la tercera del mundo en extensión, parte de su territorio.

De otro medio se vale aún Europa. Introduce en la región que codicia, bien una sociedad minera, bien una compañía de comercio, á las que da la protección del Estado y llena de privilegios. Si después de establecidas las combaten ó les dificultan la acción los indígenas, entra armada en la región con el pretexto de proteger á sus súbditos. Si las sociedades prosperan y terminan por apoderarse de la región, la declaran propiedad de la Corona. Inglaterra y Alemania son las que más han utilizado este medio, sobre todo en Africa. Aun la India estuvo en manos de una poderosa sociedad antes que en las de los reyes de la Gran Bretaña.

Todo lo aprovecha, por fin, Europa, llevada del prurito de extender su territorio. Son de notar las circunstancias en que alcanzó Italia el protectorado de Abisinia. Acababa de morir el Rey Suan, en Meternvich, de una lanzada de los derviches. Menelik II, que se había alzado contra él, no bien le supo muerto ocupó con 10,000 hombres el país de los volo-gallas y se erigió en soberano. Tuvo enfrente á Mangascia, hijo natural de Suan, y al famoso Debet. Venció y solicitó, por medio de una numerosa embajada, la protección de Umberto; y Umberto se la concedió en el acto, sin reparar en si era ó nó el rey legítimo. ¿Cómo? ¿Bajo qué condiciones? Haciéndole firmar en Oucialli, el día 2 de Mayo de 1891, un tratado

por el que se le reconoció sus derechos de soberanía sobre todos los lugares que en aquel momento ocupaba. Se obligó Menelik á no mantener, sino por mediación del gabinete de Roma, relaciones con las demás potencias. Se estableció en provecho de Italia el monopolio de todo el comercio entre la Abisinia y las playas del Mar Rojo. No era esto lo que Menelik pretendía, pero, ahogado como estaba, hubo de pasar por todo, máxime cuando Umberto hizo que el Banco Nacional de Florencia le prestase, bajo su garantía, cuatro millones de liras, reintegrables en 20 años. Menelik más tarde se dió con razón por engañado, viendo que no podía tratar directamente con los demás Gobiernos, no podía por sí modificar sus aranceles y era real y verdaderamente un vasallo del Rey de Italia.

Se confunde maliciosamente en todas las negociaciones de esta índole la protección con el protectorado, cosas antitéticas; y se lleva los pueblos á la más dura de las servidumbres.

Ciega en su afán de dominación, Europa rara vez consulta la voluntad de los que intenta poner bajo su dominio. Emplea, aquí la fuerza, allí el más punible dolo; y al otro día de haber tomado posesión de sus usurpaciones, castiga hasta con la pena de muerte á los que se le rebelan. De bandoleros y de foragidos los acusa ella, que para sojuzgarlos no ha ejercido sino actos de bandolerismo. Tutora se llama luego de sus oprimidas gentes, y no encuentra nunca razón de emanciparlas. Si después de siglos se alzan por su independencia, de ingratas las califica y como criminales vuelve á tratarlas. Años y años lucha por retenerlas, sin perdonar sacrificios de oro y sangre. ¿Qué no debiste sufrir tú por conseguir la libertad que tanto te ha engrandecido? ¿qué no debieron sufrir las colonias que nosotros teníamos de Méjico á Chile? ¿Qué no sufre ahora Cuba? Debieron nacer hombres del temple de Washington y de Bolívar para que América pudiera sacudir el yugo de sus seculares opresores.

Las obras de la iniquidad duran y se recobra tarde la libertad perdida. Hace más de un siglo que se descuartizó á Polonia. Descuartizada sigue, y lo que cayó en feudo á Rusia, ni de su idioma puede hacer uso, como no sea en el fondo de sus hogares.

Tú, República de Washington, tú tienes también agregadas á tu territorio extrañas gentes, pero tú no las oprimes, tú no las pones bajo tutela, tú las dejas su idioma, su religión y sus costumbres, tú las eriges en Estados autónomos, á la par de los que en los primeros días de tu independencia se constituyeron; tú no te opones á que se den para su régimen interior la Constitución y el Gobierno que prefieran; tú les das tu augusta sombra, sin que en nada se menoscabe su personalidad política.

El contraste entre tu sistema y el de Europa es grande. ¡Oh, Europa! No piensas sino en dominar y vives temerosa de ti misma. En esa Africa que ahora has escogido por campo de tus depredaciones, ya más de una vez han surgido entre tus propios pueblos conflictos que hasta aquí has podido evitar con tratados. Crecerá la discordia y tendrás en esa misma Africa tu peor castigo. Te verás

entre dos guerras, la de los tuyos y la de los indígenas, y á torrente habrás de verter ahí tu sangre.

Aquí ¡ay! Europa teme de tal modo, que vive en continuo sobresalto. ¿Se aliaron tres naciones? Hacen otras una segunda alianza, sin que se lo estorben ni diferencias políticas ni antiguos y fundados recelos. La Francia de la revolución, se une con la Rusia de la tiranía. Aquella Francia que antes veía en Rusia el mayor de los peligros, hoy la mima para que la apoye y se pone baja y cobarde-mente á los pies de los czares.

Busca Europa su equilibrio, que á cada paso pierde, y se la ve ansiosa hasta cuando se trata del casamiento de sus reyes. Para que el equilibrio no se rompa, dice, no conviene que en tal casa se busque el novio ó la novia; ya que el novio ó la novia sean elegidos en tal ó cual casa, conviene que renuncien á tales ó cuales derechos. Se ha de concertar siempre por razones de Estado los casamientos de los monarcas y sus herederos y hay que obrar con tino.

Con no valer lo que otras naciones, produjo el año 1846 el matrimonio de nuestros príncipes un rompimiento con Inglaterra.

Si se trata de entronizar una nueva dinastía, las dificultades y los peligros aumentan. Anduvieron revueltas las naciones todas cuando se buscó Rey para el trono de Grecia, y el año 1870 estalló la guerra entre Francia y Prusia, porque se quiso ceñir la corona de España á un Hohenzollern.

Haz tú de América la antítesis de Europa, República de Washington. Trabaja cuanto puedas por arrojar de tu continente hasta la sombra de la monarquía. Presta, presta, como antes te dije, tu influjo y tus armas á las colonias que luchan por su independencia. Te lo exige la Humanidad y te lo exige tu historia. Negar á los pueblos de la América española el derecho á la independencia, decía, el año 1821, una Comisión de tu Congreso, sería renunciar á la nuestra; no olvides nunca estas palabras.

No olvides tampoco las que escribió Bolívar en su programa del 2 de Agosto de 1824: «*La libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo*». Defiende y escuda esa libertad donde quiera que esté en peligro. En Europa no sólo hay aún naciones regidas por el absolutismo; en las libres es aún de temer que el absolutismo renazca.

No seas egoísta. No te dejes nunca llevar del espíritu de dominación ni del demonio de la codicia. Tampoco del de la soberbia. Por poderosa que seas, necesitas para la obra que te aconsejo el concurso de las demás naciones de América.

Es en América antiguo el pensamiento de unir por los lazos de la confederación todos los pueblos. En carta del 6 de Septiembre de 1815, cuando más ardía la guerra en todo tu continente, exclamaba ya Bolívar: «¡Cuán bello no sería que el istmo de Panamá fuera para nosotros lo que fué para los Griegos el de Corinto!» Considerábalo entonces como una remota esperanza, casi como un sueño; mas el año 1824, después de la decisiva batalla de Ayacucho, creyó llegado el tiempo de que en Panamá se reuniera una Asamblea de plenipotenciarios de todas las re-

públicas americanas, que dirigiese la política de todos los Gobiernos y para todos mantuviese idénticos principios.

La idea no ha muerto. La ha reverdecido hoy una, mañana otra de esas naciones, y tú misma, de 18 de Noviembre de 1889 á 20 de Abril de 1890, has tenido abierto en Washington un Congreso pan-americano, por el que te proponías realizarla.

¿Por qué no lo has conseguido? Porque te has fijado más en los intereses económicos que en los políticos, y con esto has dado margen á que se crea que miras más por los propios que por los ajenos.

Haz de los intereses económicos, distintos y tal vez contrapuestos, materia de tratados especiales: enlaza y une los pueblos todos por el fin político que te propongo. Lo alcanzarás como sepas exaltarlos y no manifiestes ni tengas aspiraciones á la hegemonía. Les tendrás á tu lado y lograrás con tu ideal apartarlos de cuestiones que, no por ser de menos importancia, dejan de traerlos agitados y revueltos.

Tampoco tú tienes ideal, ¡oh, República de Washington! Cansada de tu aislamiento, te ingieres ya en los negocios de Europa á la manera de la Europa misma. Apártate de tan cenagoso camino y sigue el que podrá llevarte á la regeneración del mundo. Tú tienes hoy en tus manos la fuerza, la libertad, la industria, la ciencia. Tu poder te impone deberes que no puedes dejar de cumplir sin violar los fueros de la Humanidad y los de la Justicia. Aun la cuestión social puedes resolver por la anchurosa vía que te está abierta.

F. PI Y MARGALL.

Madrid, 10 de Noviembre de 1896.
